

UN QUESO VIAJERO por el Camino de Santiago

Cuentan, personas de crédito que prefieren quedar en el anonimato, que a principios de los años ochenta del siglo XX se suscitó una encendida polémica entre nuestros vecinos franceses. El motivo de tal dislate traía su fundamento en la reciente obtención de la denominación de origen de dos de sus quesos emblemáticos: el Camembert y el Brie. Y sucedió, que en una docta tertulia que regentaba el gran Pierre Andruet –de tan grata memoria–, se enfatizaban las diferencias notables de uno y otro queso por uno de los tertulianos. Peroraba el orador con gran cicatería, ensanchando lo que a ojos vista no pasaban de ser diferencias menores que se van introduciendo en los productos artesanales con el transcurso del tiempo. Un gran polemista, chovinista reconocido de nombre Francois –por no dar más pistas de las necesarias-, argumentaba en estos o parecidos términos:

–Ya me dirán si no hay distancia de Brie a Normandíe para que pueda darse la disimilitud entre uno y otro queso. Que se traduce, como todos ustedes saben, en un período distinto de *affinage* y en su tamaño tan dispar, que no cabe para mí discusión alguna. En esto me baso y me basto para afirmar, que son dos elaboraciones entre las que no existe afinidad.

Pero los defensores de la continuidad que se da en muchas de las tradiciones culinarias, venían a resaltar las semejanzas, que se unen a través de ese fino hilo de Ariadna que enlaza muchas de las elaboraciones de sitios distantes y que no llegan a ser percibidas más que por algunos escogidos de “morro fino”. El portavoz de estos esforzados adeptos de la transmisión a través de la tradición cultural, argumentaba:

–Para mí son un mismo queso, y no recurriré a leyendas de difícil comprobación empírica y espero que sepan todos a que me refiero: a ese monje o cura disoluto que llevó la fórmula de Brie a una granjera de Normandía. Según unos en la época de Napoleón y si hacemos caso a otros durante la Revolución Francesa. Creo que eso es lo de menos. Lo de más es el resultado final: que sus propiedades organolépticas de color, sabor, textura... son semejantes y, por tanto, son miembros de una misma familia. Esa es mi opinión.

Siguió un breve revuelo de intervenciones más o menos doctas, pero todas encendidas con la pasión que sólo los franceses son capaces de poner en la defensa de sus quesos –por no decir que también de sus vinos y, si me apuran, de todo lo que consideran típicamente francés–, por lo que tuvo que intervenir Pierre Andruet para poner orden en el debate y rebajar la tensión. Su propósito era, quedó claro desde el principio, que defendía la transmisión de la cultura gastronómica a través de los caminos de Europa. Cuando tomó la palabra se hizo un respetuoso silencio, pues todos aceptaban de buen grado su magisterio. Habló así:

–Tal vez, mirándonos el ombligo, se nos escapan otras consideraciones de mayor envidia. Les invito a que reflexionen sobre la importancia de los intercambios culturales a través de los caminos. Y, hablando de caminos, no podemos olvidar el de Santiago, que desde antiguo vertebra Europa. Déjenme decirles, si acaso alguno no lo sabe, que el llamado camino Francés tiene una variante por la costa cantábrica y recorre muchos pueblos de muy venerable tradición quesera. Y ya en el plano de las conjeturas preguntarnos, si ese religioso de la leyenda no pudo hacer un viaje de peregrinación y penitencia a Santiago y, de paso, traerse la fórmula originaria de aquellos pagos. Pues me

han informado de un queso de muy parecidas características que llaman de las Garmillas. Tal es mi tesis y mi propuesta, para zanjar esta polémica que amenaza con eternizarse. ¿Alguien acepta el reto de ir a comprobarlo?

La propuesta dejó sin habla a todos por unos instantes. El primero que reaccionó fue el diletante al que hemos dado en llamar Francois, que se oponía encarnecidamente a que fueran cosa parecida. Se ofreció sin fisuras, ya que tenía en mente conocer aquel fenómeno del Camino de Santiago pero, aclaró, que como agnóstico que era, no creía en las ventajas espirituales del camino y pretendía hacerlo en coche. Lanzó con elegancia el reto al resto de la concurrencia, por si alguno de la tesis contraria se ofrecía a acompañarle, que muy gustoso ponía él el coche y la gasolina. Pero no fue él, sino ella.

–Pues cuenta conmigo, que soy del bando contrario y así, de paso, cubrimos la cuota de género.

Todo quedó concertado en sus menores detalles y, quedaron, que saldrían en el plazo de una semana hacia la frontera de Irún, cruzarían Guipúzcoa sin mucho detenimiento hasta Vizcaya, para adentrarse en Cantabria por Castro Urdiales, a 648 kilómetros de Santiago, donde pensaban remansar el ritmo del camino para indagar a partir de allí con detenimiento. Pretendían empezar a preguntar a partir de ese enclave, en fondas y mesones, por aquella referencia que le diera Pierre y que Francois anotó y tradujo sin mucha precisión por: Armillas. Pensó en el diminutivo de armas, porque lo de garmillas no le sonaba de nada. Llegó la fecha acordada y ambos partieron con determinación, cada uno, con las de sus convicciones.

En su segunda jornada de viaje llegaron hasta el malecón de Castro Urdiales, donde la mar hinchaba sacando silbidos siniestros al empujar el aire

por las oquedades de las rocas. Ninet hablaba y leía con soltura en castellano, por lo que propuso comer en uno de los establecimientos frente al mar, en cuyo cartelón de la puerta ofrecían la famosa marmita de la costera del bonito como plato principal, que ella conocía con otro nombre que no terminaba de recordar. Traían ya pensada la estrategia de pedir siempre queso de postre, de las Armillas, para indagar luego de dónde procedía. Repitieron hasta por dos veces de la receta de Oscar Cobo, pues las patatas estaban deliciosas, y preguntaron luego por el queso. El restaurador mostró su extrañeza y les ofreció un queso picón de Tresviso, quesucos de Liébana y hasta un queso de Valdeón de los Picos de Europa, pero no les dio razón de aquel queso que concluyó debía ser uno de los que elaboraban los pasiegos. Les indicó tiraran al interior, hacia Ramales y Ampuero, por lo que deberían pasar por el camino de Aguriezo. Allí se hacían de esos quesos blandos y frescos de las explicaciones que habían dado los franceses. Terminaron tomando un queso curado de la comarca de Castro Urdiales, que les pareció excelente, pero que nada tenía que ver con lo que ellos buscaban.

No se arredraron por este su primer chasco, pues bien sabían que la búsqueda podía resultar ardua, dada la cantidad de quesos que iban descubriendo, de tan buen sabor y paladar que les hizo bajar pronto sus ínfulas. Es bien sabido que en lo tocante a quesos, los franceses no admiten competencia. Y así fue como siguiendo las indicaciones del mesonero, dieron algunas vueltas y revueltas y, en todos los sitios donde paraban preguntaban con todo lujo de detalles por aquel queso, recogiendo cabezadas de asentimiento hasta que soltaban el nombre y, entonces, las gentes negaban enérgicamente con la cabeza. Con ese nombre no había ningún queso por

aquellos pagos. Pero no perdieron ocasión y probaron los quesos de nata y los que llevan la denominación de origen de Cantabria. Y de todos repetían y si les ofrecían dos, de los dos comían y si tres, pues eso, que los tres probaban. Terminaron desorientados y tan ahítos de tan exquisitos y variados quesos, que terminaron cruzando un puente por el que discurría un regato de aguas límpidas sobre piedras pulidas, al divisar después de un recodo lo que les pareció chalet o caserío. Tenía este lugar una balconada corrida a lo largo y ancho de su fachada, y unas higueras que andaban cuajadas de higos que ya verdeaban. Como quedaba al lado de la carretera buscaron un vado por el que arrimarse y, cuando ya lo hacían, el coche patinó y se metió en el reguero. Siguió unos gritos desaforados de mujer que pusieron en guardia a los habitantes de la casa, a la sazón un matrimonio entrado en años y un rubicundo varón de edad imprecisa. Salieron a la balconada y se observaron al conductor caído sobre el volante, los brazos abandonados a lo largo del cuerpo y la mujer espantada que no dejaba de gritar. Acudieron también otros vecinos y alguien concluyó que había que llamar al médico. Ninet, poseída de un ataque de nervios, terminó repitiendo en español con un acusado acento francés un presagio trágico: “Está muerto, está muerto”.

Pero el médico, que ya andaba chiquiteando a esas horas tempranas de la tarde (entiéndase lo de chiquitear por andar tomando vinos que en el norte llaman chiquitos y no andar imitando al humorista Chiquito de la Calzada), se acercó al lugar de los gritos y determinó con gesto grave:

–Súbanme al paciente a la casa, que pueda auscultarle con decoro.

Las palabras del médico fueron obedecidas de inmediato y lo subieron desparrancado entre cuatro, mientras Ninet seguía musitando su letanía y, el

tío Juanuco, que se las veía venir, apostillaba a reglón seguido: “¿A que me cuelgan el muerto?”. Su mujer, la tía Marijuana, lo siguió escaleras arriba pues ya eran muchos los que se le habían colado en la casa y ella tenía los chorizos de la matanza curándose en los varales de la cocina. Pero el médico, que se había ido refrescando de los vapores etílicos, una vez hubo tomado el pulso, mirado el fondo del ojo y pinchado con disimulo en el dedo gordo del pie con una aguja, decretó solemne: Este hombre está difunto. Los ayes de Ninet se redoblaron y, las quejas del tío Juanuco se hicieron perceptibles a todos los presentes cuando exclamó: “No, si ya lo decía yo que me cargaban el muerto”. Surgió entonces la encrucijada de qué hacer con el francés, pues una vez muerto en circunstancia desconocidas, era obligado llamar al juez para el levantamiento del cadáver y se hacía preceptivo practicar la autopsia. El juez, que andaba también de chiquitos con el médico y, viendo que no regresaba, se acercó al lugar de los autos. Tal fue el enredo, que tuvo que intervenir Talanio, el sobrino de la tía Marijuana, para ver la forma de enderezar aquel desaguisado. Cogió a médico y juez en un aparte, por ver si se podía retrasar la hora de la defunción. En otras palabras, que hicieran la vista gorda y embarcaran al francés en una ambulancia camino del hospital de Cruces de Basurto. Así se hizo, pues no era de recibo que la pareja de ancianos se cargaran el muerto y los incordios que llevaba consigo, toda vez que había sido el médico el que metió la pata al ordenar su traslado a la casa. No hubo otra solución que todos se juramentaran para decir que de la casa salió con vida. Resuelto lo del muerto quedaba atender a los vivos, pues Ninet precisaba un alojamiento en Laredo, localidad donde residía el Cónsul francés, con la

finalidad de tramitar sin dilación todo el papeleo una vez emitieran el certificado de defunción. Pero los problemas no acabaron allí.

Cuando se hubo instalado Ninet en un hotel desde cuyo comedor se divisaba la hermosa curva de ballesta de la playa del Salvé, y comido algo de cena, le dieron queso de postre. Fue ver el queso y probarlo con gesto reflexivo cuando lanzó una especie de ¡Eureka!, repitiendo: ¡este es, este es...! Se trataba del queso que andaban buscando con tanto empeño y tan poca fortuna. Cuando dio las explicaciones al caso, contó la polémica que les había llevado hasta allí y pronunció el nombre de “las Armillas”. Talanio le salió al paso para apostillar: “las Garmillas señora, este queso es de las Garmillas”. No acababa Talanio de pronunciar aquel nombre cuando llegó el médico.

–Aquí tiene, señora, el certificado de defunción de su marido.

–¿Mi marido?, Francois no es mi marido.

Aquí se volvió a organizar de nuevo la tremolina, pues todos pensaban que como esposa, tomaría las decisiones que vinieran al caso. Tuvo que relatar de nuevo, pero con mayor detalle, el asunto de la polémica alrededor de los quesos de Brie y Camembert, el reto de encontrar el antecedente cántabro de ambos quesos y su periplo por el camino de Santiago y aledaños. Pero el desiderátum surgió cuando confesó que era Francois, el difunto, el que iba pagando los gastos con cargo a una tarjeta de crédito de la cual sólo él sabía el código secreto. Su efectivo le alcanzaba como mucho para pagar aquella cena y poco más. Era inevitable: la visita al Cónsul francés lo aclararía todo.

Allí se dirigieron al día siguiente los afectados. Abría la comitiva Talanio, seguido de Ninet y del tío Juanuco, con las manos a la espalda y rezongando su letanía. El Cónsul francés era un personaje conocido en toda la comarca, de

escasa estatura y flema casi pasiega, que tenía su residencia oficial en uno de los chalet que habían proliferado en el camino de la plaza de Carlos V. Cuando invitó a la curiosa comitiva a que se sentara en su despacho y escuchó las explicaciones del caso, no tuvo dudas:

–En esto hay que aplicar las cláusulas del Convenio de Viena de 1980.

Al escuchar aquella frase el tío Juanuco lo tuvo meridianamente claro y, esta vez, haciendo restallar el puño de la mano derecha sobre la palma de la izquierda, dijo su famosa frase:

–¡Lo que yo decía, que me cargan el muerto!

Y aunque el tío Juanuco no tenía ni pajolera idea de lo que era el Convenio de Viena, su instinto de pasiego no lo engañaba. Alguien había decidido en aquel dichoso Convenio que era el país de acogida el que se hacía cargo de aquellos gastos, en defecto de familiares o amigos que los reclamaran para ellos. No obstante de poder repetir contra los bienes que dejara el difunto. Salieron del despacho del Cónsul con el ombligo encogido, pues Ninet ya había declarado que no tenía posibles en aquel momento. No obstante de comprometerse solemnemente a pagar los gastos de estancia en el hotel, comidas y traslados causados por ella misma, ya que los correspondientes a la repatriación del difunto se harían por cuenta de la Embajada. Hasta hubo que llenarle el depósito de gasolina para que regresara con el coche de Francois a su lugar de origen. Con todo lo cual la factura ascendió a unas diez mil pesetas de la época. Ninet se empeñó en firmar un pagaré por aquel importe, como garantía y para refrendar su propósito de pagar la deuda. Talanio se lo aceptó finalmente después de que su caballerosa resistencia se derrumbara ante la férrea e indestructible determinación de Ninet.

Regresaron a la casa del río y Talanio se empeñó en llenarle una cesta con chorizos de la tía Marijuana y algunos quesos de las Garmillas, para que Ninet pudiera llevar la prueba irrefutable de la tesis que mantenía. Todo ello con el compromiso de que, una vez aceptado por todos el verdadero antecedente del queso de Brie, que era tanto como decir también del de Camembert, escribiera dando pelos y señales del reconocimiento. Al menos, de todo aquello iban a sacar en limpio la honrilla, que no era poco tratándose de que los franceses aceptaran la primogenitura sobre uno de sus quesos emblemáticos, por un modesto queso cántabro.

A la despedida, con pañuelos blancos tremolando en el aire, acudieron buena parte de los vecinos, que ya estaban en antecedentes de la importante misión que llevaba encomendada Ninet al vecino país. Se corrió la voz como reguero de pólvora, pues aquellos paisanos eran muy suyos en lo tocante a la calidad de sus quesos y les tenían algunas ganas a los franceses.

.....

Han pasado ya más de treinta años desde aquellos sucesos y el famoso pagaré que firmó Ninet, al que llaman “de los franceses” no sin cierto retintín, ocupa enmarcado un rincón destacado en una de las paredes de la fragua del río. La casa ha sido remozada y los bajos acogen ahora un digno museo etnográfico de las herramientas y aperos propios del oficio de los abuelos. La premonición del tío Juanuco se cumplió en todos sus pormenores, y su famosa frase quedó grabada en el frontispicio de la memoria colectiva de aquel lugar. En las noches de verano, cuando ya anciano se sentaba a tomar el fresco a la puerta, y algún vecino socarrón le preguntaba si había noticias de Francia, él

respondía: “Siempre lo dije yo, me colgaron el muerto”. La tía Marijuana le sobrevivió algunos años y siguió elaborando sus famosos chorizos, pero a ella nadie se atrevía a preguntarle por los franceses, pues con los años se le había acentuado el genio y nadie se exponía a la granizada de improperios que hubieran seguido a semejante pregunta. El médico, el juez y muchos de los protagonistas de aquel suceso han pasado ya a mejor vida, y apenas queda un difuso recuerdo en torno al pagaré colgado en la herrería.

Talanio si recuerda. Andando el tiempo llegó a conocer al famoso Pierre Andruet, pero tuvo la cortesía de no comentarle nada sobre aquel episodio remoto. Lo que sí pudo escuchar de su boca, fueron los encendidos elogios sobre un queso de las Garmillas, en uno de los encuentros ocasionales de la Cofradía del Queso. Con esto, se dio por satisfecho.